

En la sala de urgencias

Carlos Miguel Gómez

Un día
debiste haber temblado de fiebre
sentir hasta el hueso
la pura y clara finitud.

Un día
sudando sobre el piso
anhelando que alguien te sujetara la mano,
pusiera un paño sobre tu frente.

Acaso murmuraban los médicos,
los sacerdotes, sanadores:
¿No puede curarse a sí mismo,
él, que levanta a los paralíticos
y limpia a los leprosos?

Un día
tú también
te abriste
hasta saber
que la eternidad puede agotarse
con un suspiro,
que eso también es la vida

tan despojada
como una gaviota exhausta
en la tormenta
aleteando
su última esperanza
para dejarse caer
y descubrir
lo que únicamente el abismo revela:
que la plenitud requiere el acabarse
y solo en la fragilidad se consume lo divino.